

“A CARACAS NO SE LA HABITA, SE LA PADECE...” LOS SUJETOS DE LA VIOLENCIA Y SUS EXPERIENCIAS EN DIÁLOGO

• LEONOR MORA SALAS¹

¹ Estudiante del Doctorado en Humanidades en la Universidad Central de Venezuela (UCV), Magister en Psicología del Desarrollo Humano (UCV) y Magister en Filosofía de la Práctica de la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB), Estudios en la Maestría de Orientación de la Conducta (CIPPSV)-Psicóloga Social (UCV)-Instituto de Psicología – Universidad Central de Venezuela- morasalas1@gmail.com

Resumen:

Intentamos construir una red comprensiva que convoca a la psicología social y a la literatura, para acercarnos a prácticas, sujetos, lugares y tiempos de la violencia con el fin de ampliar las rutas que faciliten su entendimiento. El propósito de este escrito ha sido acceder a dos culturas confrontadas y lograr tener visión complementaria y compleja del fenómeno de la violencia en Caracas. Para ello colocamos en diálogo la crónica literaria que nos ofrece el relato de hechos pasados articulados en secuencia y en la voz única del narrador, con la historia de vida de un delincuente caraqueño, en la cual se recoge la apreciación y reconstrucción del pasado que hace la persona de su vida en el tiempo presente. Contraponer las culturas que se reflejan en ambos textos nos permitió profundizar y ampliar la comprensión de las causas y motivaciones de la violencia, el perfil de los actores que presentan un modo de relación violento, los elementos de orden contextual, las características culturales que subyacen a sus prácticas y a la valoración que se realiza de ellas. El contraste disciplinar planteado ofrece nuevas perspectivas sobre este fenómeno humano y propone interesantes desafíos para su abordaje.

Palabras claves: violencia urbana, literatura, psicología social, crónica literaria, historia

Abstract:

We have attempted to build a comprehensive network that draws social psychology and literature together. We wish to approximate diverse aspects of violent practices, subjects, places and times; we do this to diversify the pathways that lead to understanding them. The purpose of this paper to convene these two different cultures, and to achieve both a complementary and complex view of the phenomenon of violence in Caracas. We have produced a life history of a Caracas delinquent as it appears from a narrator's point of view. Having thus reconstructed the past, we can appreciate how the person understands his present circumstances.

Keywords: urban violence, literature, social psychology, literary chronical, life history

Introducción:

*Fueron veintidós, dice la crónica.
Diecisiete varones, tres mujeres, dos niños de miradas aleladas, sesenta y
tres disparos, cuatro credos,
tres maldiciones hondas, apagadas, cuarenta y cuatro pies con sus
zapatos, cuarenta y cuatro manos desarmadas,
un solo miedo, un odio que crepita, y un millar de silencios extendiendo sus
vendajes sobre el alma mutilada.*

*Piedad Bonnett, 2008
"Cuestión de estadísticas"*

La violencia como una práctica humana que se vigoriza y reconstruye con cada nuevo acontecimiento que la contiene, estimula el interés por su comprensión desde lugares distintos de las ciencias humanas, sociales y culturales. Para la psicología social en particular, por su compromiso con la acción transformadora, resulta de máximo incentivo poder acceder a rutas distintas que orienten la comprensión sobre una línea con trascendencia común en diversos campos. Así, pretendemos construir un tejido transdisciplinar desde la psicología y la literatura para poder acercarnos a las prácticas, sujetos, lugares y tiempos de la violencia con el propósito de ampliar los caminos del entendimiento y proponer elementos de orden práctico para la intervención y la investigación psicosocial y para la investigación literaria.

De este modo, el texto que presentamos recoge los intentos de una revisión crítica del tema de la violencia reunido en dos géneros contruidos desde la oralidad: la historia de vida y la crónica literaria. En ellos, sus personajes muestran la doble cara de la cultura de la violencia, la perspectiva del victimario y la de las víctimas; es desde aquí, de la representación que cada uno hace del otro, vista a partir de la confrontación de ambos textos, que planteamos aproximarnos al entendimiento de las expresiones actuales de la violencia en la ciudad. Con ello esperamos avanzar en la búsqueda de modos de comprensión de los factores que explican la violencia como acción humana.

La violencia en tanto categoría histórica y hecho social que cuenta con historia en su haber, constituye una condición social en la cual se encuentran implicados actores diversos, sucede en espacios y situaciones variadas, se produce dentro de la relación intersubjetiva, y tiene por cualidad el ser reproductiva (del Olmo, 2000; Mateo, 2001; 2003). Al ser asumida como un problema histórico que tiene tiempos comunes a la existencia de la sociedad (Mora-Salas, 2008) queda reflejada, para el caso venezolano, en diversos estudios realizados por el Laboratorio de Ciencias Sociales [Lacso] en Venezuela y el Observatorio Venezolano de Violencia [OVV], en cuyos resultados se confirma que Caracas es la ciudad más violenta de América Latina por su tasa de homicidios que alcanza los setenta y tres por cada cien mil habitantes al cierre del año 2012.

Estos estudios indican, además, que las víctimas mayoritarias de la violencia homicida en América Latina suelen ser los hombres jóvenes de las zonas pobres (Briceño-León; Ávila y Carmadiel, 2012); respecto de la inseguridad y la violencia en el país es concluyente que:

A partir del año 1998, en Venezuela se han experimentado cambios significativos en lo vinculado a la violencia y la inseguridad, siendo la mejor evidencia de esto el aumento constante y progresivo de las tasas de homicidios a nivel nacional: entre 1998 y 2012 la tasa de homicidios aumentó en más de 50 puntos, pasándose de 20 muertes por cada 100.000 habitantes para 1998, hasta situarse en 73 para el año 2012 (Briceño-León, Carmadiel, Chacón, y Capriles, 2015: 27).

En Caracas, al igual que en otras capitales de países latinoamericanos como Brasil y Colombia, vivimos en la actualidad un incremento de las manifestaciones de violencia en la vida cotidiana, esto como consecuencia de la polarización social, la desigualdad, la exclusión y el debilitamiento de los controles del Estado en materia de seguridad. Tales manifestaciones de violencia tienen como saldo la muerte de hombres jóvenes por armas de fuego bien a manos de la policía o por interacciones con algunos de sus pares en la dinámica conocida como "la culebra" (Zubillaga, 2008: 181).

En la esfera socio-urbana en la cual se sucede la violencia experimentamos también, "El miedo ligado a la muerte ... un miedo que crece e incapacita ... una respuesta humana que nos convoca a todos desde la indefensión y la vulnerabilidad que supone un hecho inevitable ligado a la vida misma, la muerte, la nuestra y la del 'otro'" (Mora-Salas, 2012: 17). Es en este marco de orden conceptual y de condiciones socioculturales en el que discurre el tema de la violencia, para profundizar en su comprensión y en aspectos relacionados con ella hemos elegido una historia de vida realizada a un delincuente caraqueño (Expósito, 2010) y una selección de crónicas del texto Caracas muere (Torres, 2012).

La historia de Jorge (Expósito, 2010) da cuenta de la vida de un delincuente joven, habitante de un barrio caraqueño y de la cultura a la cual representa. Muestra la constitución y dinámica de su familia, las estrategias, muchas de ellas al margen de la ley, desarrolladas por la madre para garantizar la sobrevivencia de sus hijos sin prever el riesgo que ese modelaje hizo sobre ellos. Las prácticas de relación, convivencia y vecindad de Jorge con los miembros de la comunidad y de estos entre sí, las leyes del barrio; los vínculos de su familia con otras instituciones como la escuela, la respuesta que esta institución ofrece frente a las esperanzas de mejoras de vida y la apuesta por un futuro distinto que en ella sitúan los habitantes de las comunidades más pobres. El ejercicio laboral temprano, al final de la pubertad, en respuesta a las necesidades económicas y a las carencias que se padecen, a la falta de padre-proveedor y a la demanda cultural de iniciar el ejercicio de su rol masculino, actividades laborales ligadas, todas ellas, al negocio ilícito y a la empresa delincuenciales.

Su primer asesinato y la lucha por la vida en donde la muerte no es nada sino aquello con lo que se convive, parte de la vida misma. La experiencia en la cárcel: un espacio para el negocio ilícito y para dar continuidad a las actividades llevadas en la calle.

Jorge, a través de su historia, señala como bases constitutivas de la violencia: la pobreza, la polarización social, la exclusión y la injusticia social; las amistades desarrolladas en y para la sobrevivencia, las costumbres de relación; la dinámica de la familia y del barrio; el consumo y negocio de la droga, el atraco, el acceso temprano a las armas, las normas internas de la vida delincencial; la competencia por sostener y elevar el nivel de liderazgo alcanzado en el negocio.

Finalmente, un balance de la experiencia le permite a Jorge asumir que él y los habitantes del barrio viven en un mundo diferente, que la sociedad decidió por él por ser negro, pobre y delincuente. Juzga la vida como injusta e imposible de cambiar o salir de ella, su práctica no la considera violencia sino una forma de vivir.

Aspira a morir, como de hecho sucedió, en un negocio grande en esa carrera que lo sostuvo para "resolverse el presente". En esta historia, su autor habla de su cultura, en oposición a otras, destaca las experiencias y prácticas comunes entre los miembros del barrio y los de su familia; entre sus congéneres y los miembros de otras bandas. Sus valoraciones de la cultura de pertenencia generalmente son positivas, aunque a veces la considera inferior al querer distanciarse de la pobreza y la exclusión y comparar sus condiciones con la oportunidad que tienen los miembros de otra cultura.

Caracas muere. Crónicas de una guerra no declarada (Torres, 2012) recoge, a través de treinta diferentes relatos, la experiencia de víctimas de la violencia en la Caracas de inicios del siglo XXI. En las crónicas se resaltan hechos violentos y la amenaza constante que experimentan algunos (mujeres, niños, jóvenes, taxistas, trabajadores, gente de la calle y el narrador mismo con voz prestada de sus personajes) de ser violentados, de sentirse desprotegidos y vulnerables, para quienes la vida sucede al filo de presentimientos que reflejan el miedo. Se destaca también, la oposición y la distancia que se establece con los delincuentes perpetradores de la violencia (malandros, policías malandros, motorizados, atracadores, asesinos, drogadictos, seres de la noche). Aquí nos referimos a seis de estos relatos, a través de los cuales queremos colocar el acento en aspectos como los motivos, actores, recursos, medios y lugares de la violencia y uno de sus saldos concretos: la muerte.

"Para hacer reír a Dios" relata el acecho de la muerte, constante, sin fecha ni horario, a cargo de algunos motorizados quienes se erigen en sus agentes perpetradores y ejecutores. Ajena a cualquier lógica, la muerte aparece y sustrae, en su afán indetenible de poseer la vida. La extrañeza en los espectadores por la condición de inesperada, por no estar necesariamente en los planes cotidianos, pero también, la normalidad con la cual es asumida una vez llega y la aceptación que comienza a tener el hecho de que convivimos y nos topamos a diario con sus intermediarios y con los codiciosos oportunistas de sus despojos.

El manejo de armas sin control aparece en "Una afeitadora de dos hojillas", donde se denuncia el acceso y uso libre de armas en la ciudad, sin que medie control de algún tipo. Sus propietarios, díscolos e impetuosos amanecidos del poder que les concede su posesión. Las víctimas de práctica tan libérrima, usualmente son

aquellos que están en el lugar menos conveniente y sencillamente son alcanzados por las balas perdidas, en otros casos son aquellos que ofrecen respuestas equívocas, realizan preguntas y comentarios inapropiados para la circunstancia o son herederos de deudas no saldadas y se convierten en blancos directos de aquellas balas que tienen destinatario determinado. Por su parte, “¿Y a ti no te gusta el reguetón?” resalta el drama de las noches caraqueñas, en donde conviven: los “sin techo”, aquellos que, al igual que los perros, tienen la basura como única opción; los/as jóvenes que desgastan la vida en discotecas; los y las habitantes de las zonas aledañas que experimentan desde afuera, y con las reservas del caso, lo que la ciudad les enseña.

Sobre la violencia policial, la crónica “Te andan buscando” plantea el drama que supone estar en el ojo del huracán, perseguido y amenazado por cobro de deudas por quienes en honor de la justicia se convierten en agentes de la injusticia, aun cuando de acciones injustas que exceden la ley está hecha su práctica policial. En un medio donde el encuentro de motorizados “buenos” y “malos” que hacen uso de las armas para subsistir, para la autodefensa o para resolverse es parte de las actividades comunes de sobrevivencia. “En un cuadrito pequeño”, nos muestra cómo en Caracas, estar en el lugar equivocado y en el momento más inusual e inoportuno supone asegurar el cumplimiento cabal de la sentencia a muerte. Esos lugares no siempre son para todos, pertenecen a los seres de la noche, también a los seres uniformados quienes con armas, mando y poderío resuelven sus más oscuros anhelos, investidos con el ropaje que oculta sus injusticias. Son ellos mismos, los equivocados y los uniformados en el supuesto cumplimiento del deber, los que protagonizan día a día las reseñas en la página de sucesos de los diarios ciudadanos.

“Cuando el demonio lo llame a escena” es una muestra de las zonas populosas de Caracas que funcionan bajo su propia ley, en las cuales la policía solo entra a recoger cadáveres, son ellas el escenario de las trifulcas, dramas y “soluciones a tiros” que suceden cotidianamente. En estos espacios surgen y se posicionan nuevos liderazgos a partir de la suma de víctimas por cobro de cuentas y luchas por el control del territorio; son estos lugares centros de poder donde unos administran la violencia y otros la padecen.

Dos culturas diferentes, posturas enfrentadas, cada una de las cuales habla de la mismidad y de la otredad en una ciudad, se presentan en los textos antes mencionados y nuestro trabajo ahora es hacer que ellas entren en diálogo. Para ello examinaremos la imagen del “otro” como una representación de la cultura, en el marco socio histórico que la define (Pageaux, 1994). Entendemos aquí con Pageaux la imagen como “la representación de una realidad cultural mediante la cual el individuo o el grupo que la han elaborado (o que la comparten, o que la propagan) revela y traducen el espacio cultural e ideológico en el que se sitúan” (1994: 103).

Esta representación del otro en tanto “función social y cultural de la imagen” se encuentra regida, a decir de Pageaux (1994) por actitudes de interpretación del otro que incluyen “manía” (valoración positiva de la otredad y negativa de la cultura de origen); “fobia” (valoración negativa de la otredad y positiva de la cultura de origen); “filia” (valoración positiva del otro y de sí mismo).

Así, desde la imagología, o el estudio de las imágenes en una misma cultura, asumimos como categorías de análisis de los textos literarios y de la historia de vida aquellas que nos ayudarán a comprender la forma como se representa al “otro”. Confrontamos la imagen literaria con el testimonio de vida identificando estereotipos; categorías socioculturales; personajes y roles; marcas de tiempo y relación con el espacio; lo individual versus lo colectivo; mitos que se repiten en el tiempo, entre otros. En nuestro análisis destacamos cinco aspectos: el problema de la violencia; los sujetos y los tiempos; los lugares, los símbolos y lo irreversible; la muerte como destino; los más aptos son los que sobreviven.

1. El problema de la violencia:

En la crónica “Una afeitadora de dos hojillas” el narrador plantea que la violencia adquiere visibilidad en la disposición libre, desmedida y sin control de armas de fuego, pero en conjunción con la volatilidad del carácter y modo de ser caribeño y con las frustraciones que se suman día a día en la vida del habitante caraqueño. Estos elementos conforman la base de la espiral creciente que deriva en saldos rojos. Es de resaltar además que el narrador se separa de “el otro armado” pero se incluye en la cultura caribeña donde prevalece la emotividad sobre la reflexión y a la cual pertenecen también los sujetos armados. Probablemente también, el llamado de atención con fines preventivos que realiza, constituyen expresiones de las cuales el mismo narrador se hace eco. La alteridad aquí, es decir la cultura del violento, también aparece asociada con el tráfico y posesión de drogas.

El problema de la violencia en Caracas no es la gran cantidad de “armas-en-manos-de-civiles” (que ya es un problema), sino la gran cantidad de “armas-en-manos-de-civiles” que no están sujetas a control ni a forma alguna de detección (Torres, 2012: 83).

Y, en último caso, el problema de la violencia en Caracas es sí, el anterior, subrayando que estamos hablando de nosotros, de sangre caribeña, de demasiado calor y ruido como para ejercer el hábito de la reflexión. Estamos hablando de un pueblo poco cultivado en el arte de convivir con respeto y de gente que acumula sus decenas de rabias en ese lapso que va entre quitar y poner su cabeza sobre la almohada (Ibid: 83-84).

Que no te lo tengan que recordar, que aquí nadie habla dos veces: esto es Caracas. Noventa y tres por ciento de homicidios impunes. Cincuenta muertos por fin de semana. Decenas de miles de armas, legales y no, paseándose por la ciudad, invisibles debajo de camisas, asientos, chaquetas; dentro de koalas y morrales. Gatillos alegres, blancos pálidos. ¿Las cajas de balas? ¡Ja! Esas se cambian a pelo por unos cuantos gramos de perico. Y ese mercado no para (Ibid: 87).

En la historia, Jorge habla desde el lugar de los que manejan las armas, y aunque la facilidad para acceder a ellas no se cuestiona, sí marca en su relato la inconveniencia de que las armas estén en manos de jóvenes y adolescentes impulsivos que no tienen claridad sobre los propósitos de su uso o, en todo caso, en el uso indiscriminado que se hace de ellas solo para regodearse en el poder. La diferencia de éstas con sus propias prácticas, en la disponibilidad y el empleo de armas, está en el propósito de uso vinculado con el oficio de delincuente: para amedrentar, someter y en caso extremo matar y aunque esto no se considera violento, si forma parte del oficio del vivir o sobrevivir. Aquí la identidad de Jorge aparece asociada a superhéroes de la ficción; la alteridad está representada (1) por las víctimas que se oponen a sus objetivos, en alguna forma consideradas superiores porque poseen aquello de lo que él carece, más no invencibles porque con la utilización de las armas las puede someter, (2) por los que no usan las armas para conseguir sus fines.

... la vaina es arrecha, porque ahí están los carajitos que de la noche a la mañana ¡tienen un poder más arrecho que el de Superman!, según ellos mismos, hacen lo que les da la gana ... (Expósito, 2010: 153).

... esas raticas no piensan es en nada vale!, ¡yo nunca hice esa vaina pana! Es más, antes y ahora a mí no me hace falta malgastá un pocote de tiros ¿pa' qué?, esa vaina son ellos que piensan que son arrechos porque van tiroteando cuanta vaina se mueve, ¿pero qué? por eso es que no llegan a ser hombres y se mueren tempranito ... (Ibid: 153).

... no te vayas a creer que hacía esa vaina es fácil o agradable y que uno va por la vía como Rambo, ¡no vale!, si no queda más remedio y te resistes ¡pues no tengo otra que detonarte!, porque yo debo conseguí lo que quiero ¡así te tenga que rompé en dos! ... a mí no me puede doler dejáte pegá si te opones, porque al final yo estoy haciendo mi oficio, mi trabajo y debo cobrá por eso, debo vivir de eso ¿ves? (Ibid: 161).

... nosotros no somos violentos, lo que pasa es que si uno necesita tener algo o lograr un cometido, tenemos que hacía ciertas cosas que tal vez otros no las hacen ... llega a ser algo como normal en este trabajo, ¡y epa!, también en este trabajo puede ser uno el que paga y otro el que cobra ... (Ibid: 162).

El problema de la violencia como tema de diálogo entre víctimas y victimarios tiene para ambas culturas un origen común que se ubica en la posesión ilícita de armas y su uso descontrolado por sujetos con actitud y proceder inestables. Desde la perspectiva de las víctimas, otro de los medios facilitadores de la violencia es el consumo de drogas; contrariamente desde el lugar del victimario la violencia, además de calificarse de un modo distinto, es considerada parte de la vida misma.

2. Los sujetos y los tiempos:

La crónica "En un cuadrado pequeño" destaca los estereotipos con los cuales se representa la imagen del otro, los que conforman la cultura donde se gesta y desarrolla la violencia: borrachos, lateros, "bichitos" que vienen de la PTJ, fumadores de droga, chacales, desdentados... Todos dotados de "poder" para someter y violentar a aquellos que se le oponen: "las ovejas salidas del corral". Aquí, tanto en el caso de la identidad como en el de la alteridad, no se destacan los atributos personales sino que se recurre a caracterizaciones más de orden social, ligadas al oficio y/o práctica de vida. El narrador habla en el presente de un hecho ocurrido antes, las acciones violentas que se describen en este caso acontecen a quienes están en horarios inusuales, en la noche particularmente, fuera del lugar y del territorio conocido; aquellos que, ingenuamente, se ubican en un terreno prohibido al cual no pertenecen, porque es el lugar de los otros.

... cerraron la licorería, cerraron todos los negocios de la zona, bajó el tráfico, la gente que aún quedaba en la calle comenzó a apurar el paso, los carros distanciaban sus lerdos gruñidos, los perros trotaban con desconfianza, los últimos borrachos desvariaban tratando de flotar en el anegado lago de sus cerebros intoxicados... Y comenzaron a salir los lateros de sus escondrijos, las ratas de sus alcantarillas y los Morlocks de sus refugios (Torres, 2012: 148).

... uno, dos, tres, cuatro bichitos con cara de álbum familiar de comisaria de la PTJ (Quien repite ese trabalenguas de CICPC, adscrito al Minpopopajusticia?) fuman piedra y observan la calle, atentos, en busca de ovejas salidas del corral. Tienen hambre. Y tienen también, en la frente, la marca de Átropos, la inflexible (Ibid: 148).

Los chacales los ven acercarse y sus papilas salivan. Uno de ellos saca una navaja oxidada; el de adelante, un destornillador de estrías. Otro, que tiene un solo diente en su lugar, un viejo 38 y lo esconde poniéndole la mano encima (Ibid: 149).

La historia de Jorge también coloca en oposición estereotipos que permiten caracterizar la identidad: negro, ex presidiario, habitante de un barrio, excluido ... y la alteridad: candidata para donar, mujeres embarazadas y menores de edad. En su mayoría estas categorías son de orden cultural, a excepción de aquellas que aluden a lo biológico como la raza y el embarazo, o a una condición jurídica (menores de edad), que guarda relación con una etapa del ciclo vital. Su propia cultura es juzgada como inferior a diferencia de la representación más positiva que se tiene del otro. Los marcadores de tiempo permiten ver en la narración la superposición del presente porque es el tiempo de las realizaciones, lo cual nos habla de una valoración de la inmediatez de las experiencias y logros y de la brevedad de la vida, tal vez por ello los planes a futuro no tienen lugar en su vida y el pasado cuenta como el medio que asegura y determina el presente.

... ¡coño qué va, esto es como es y ya! ... es que cuando tienes algo que deberíamos tener todos, ya eres candidata para que puedas donarle un bien a otro que le hace falta (Expósito, 2010: 185).

... el simple hecho que uno haya estao por los canadás, negro y viva en un barrio es suficiente pa'que la sociedad me saque el culo ... y no te enrolles, la vida ya es injusta y no podemos cambiarla ... (Ibid: 185).

... yo no puedo ponerme a pensá en el futuro vale. ¿Tú no ves que uno en esta vaina tiene que pensá en cómo resolverse el presente? Es que ya uno ha vivido que jode ... estoy es fino, y no cambiaría nada, tengo hijos, mi mamá, amigas, bisnes y amigas lindas, lo tengo todo ... no mataría a mi mamá, no jodería a una tipa preñada, a menos que la jeva se meta conmigo feo, o sea, que me quiera detoná a mí, no mataría a un menor así por así, sólo si el menor no cumple se le da lo suyo, pero si no lo dejaría así ... (Ibid: 187).

El diálogo sobre los sujetos y los tiempos nos permite ver que los estereotipos con los cuales se califica la alteridad por parte de las víctimas son similares a los que definen la identidad del victimario, tal vez porque se trata de categorías que tienen su génesis en la macro-cultura de la cual abrevan ambas culturas, desde allí se proyectan y califican de manera negativa a los actores directos, ejecutantes de hechos violentos. La temporalidad viene marcada de modo diferente en ambos casos, para las víctimas el pasado es el tiempo que recoge el incidente violento que experimentaron, para el victimario, el presente es el tiempo de las realizaciones, que se erige sobre el pasado y el que le permite continuar viviendo.

3. Los lugares, los símbolos y lo irreversible:

El oeste de Caracas, zona extensamente poblada, emblemática como lugar de asentamiento de un importante número de familias pobres y, además, el espacio que aporta una contribución estimable a la cuenta semanal de homicidios en la ciudad, al igual que el género cinematográfico de los western norteamericanos, aquí también, el oeste es el lugar de los vaqueros, una región sin ley. De este modo aparece reseñado en la crónica "¿Y a ti no te gusta el reguetón?", en la cual "calles malandras", "motorizados malandros", "policías malandros" y "el reguetón" son algunos de los símbolos que emplea el narrador para referirse al carácter violento del sector, pero es también el signo distintivo que habla de la alteridad, de aquella cultura de la cual él pretende distanciarse.

Oeste profundo de la ciudad. Unos tipos del color de la acera buscan con desespero entre bolsas de basura. Cada bolsa abierta sangra un líquido entre amarillo y marrón, viscoso, que riega un charco pegajoso. Los perros esperan que los monstruos grises de ojos de rata abandonen el botín para echar un ojo o una nariz. Cuando consiguen algo comestible lo despachan de inmediato. A diferencia de los perros, los otros se ayudan con las manos.

... Aquí la basura se amontona en las calles y el que quiera tentar la suerte puede darle a manos llenas. ¿Quién dice que no hay abundancia? (Torres, 2012: 95)

Salen a la aventura de patear calles malandras, como el que sale de excursión. Caminan entre montañas de basura y monstruos de estómago de zamuro. Entre motorizados malandros y policías malandros.

Entre guerras de botellas y redadas de rebusque. Entre carajitas gorditas enseñando sus ombligos. El chamo camina apurado, en silencio, aterrado.

El papá se percata.

_¿Qué pasó? -pregunta

_Nada -dice el chamo, pero su cara hace tiempo que habló por él.

_¿Y a ti no te gusta el reguetón, pues? ¿Tú no eres un tipo duro?

El chamo intenta sonreír, mientras caminan, esquivando la violencia que pulula en torno a ellos como moscas en los basureros (Ibid: 97-98).

Jorge, por su parte, nos sorprende con el valor que le otorga al barrio como el lugar donde se gestan no solo la pobreza sino los modos de resolverla, el espacio que demarca la existencia de la cultura de la cual él forma parte. En este sentido el barrio representa un símbolo, como lo es el negocio para las acciones al margen de la ley que el historiado realiza.

Esto no es fácil chama, uno tuvo que enguaralase con el que venga, llevase lo que sea, el mundo por delante y todavía viene un coño'e madre de esos que en su puta vida ha pisao un barrio y dice "lo que pasa es que se elige lo más fácil", "hay que enseñales el camino correcto del esfuerzo" ¿Qué tal? (Expósito, 2010: 142).

¡Yo no me rebusco!, ¡eso lo hacen las putas cuando consiguen a un cliente!, yo ando en negocios y tengo otra mente, una mente amplia pa' los negocios y uno se concentra en lo que puede hacer y lo hace. Si te sale un atraco, ¿lo vas a pelá?, ¡no!, ¡tú ves de qué se trata y le echas bolas!, es cuestión de analizá la caída y te vas detrás de ese sueño pa' que se te haga realidad (Ibid: 157).

Lo irreversible de la existencia para Jorge aparece situado en la condición que le tocó en suerte y de la cual es prisionero. Un signo determinista del modo de ser y de la existencia misma cuyo origen se atribuye a razones de orden cultural (la incapacidad para elegir porque la sociedad lo señala y elige por uno, la pobreza, la gente distinta), de carácter trascendente (la vida te lo recuerda) y de tipo socioafectivo (la familia, los panas, las culebras).

... yo hago lo que sé hacer, lo que aprendí a hacer, porque tenía que resolver mi vida y la de los míos ¡y pana no tenía tiempo pa decidir mucho pues, es ó es! Uno jode mucho con el tema y todo pero cuando uno le mete pensamiento en verdad, yo no recuerdo haber podido elegir ... si no quieres ser un pendejo tienes que hacer muchas vainas, en verdad uno no tiene como elegir la vida que le toca, las vainas que debes hacer o no (Expósito, 2010: 159)

... ¿cómo eso que llaman sociedad lo señala a uno? ¡Si ella misma decidió por ti! ¿o no?, ... ya que uno se metió, la vida se encarga de recordarte todos los días del mundo que es esto a lo que uno pertenece; te lo dice tu familia, te lo dicen tus panas, te lo dicen o te lo mandan a decir las culebras, te lo dice la pobreza que existe en esta vaina y el no podé salí de ella, si no es de esta forma, te lo dice la gente distinta a uno, esa que sí trabaja y te enseña que la vaina es muy jodida si no empezaste desde chamo. Pero, sobre todo, lo dicen todas las vainas que uno ha vivido. Y es que uno no puede salir de esto ¡de verdad no puede! (Ibid: 159-160).

De nuevo, la oposición entre culturas que se confrontan aparece marcada aquí a través de los modos en los cuales se califica al barrio como un asentamiento densamente poblado y sin ley, donde se produce y prevalece la violencia; o como el lugar al que se pertenece por designios ajenos a la voluntad y por la fuerza de la exclusión que la misma sociedad produce, el sitio en el que se vive y se sostiene la pobreza y el rechazo.

4. La muerte como destino:

Desde la perspectiva de los espectadores afectados por la violencia, los costos en vidas humanas es posible identificarlos cuando el narrador de la crónica "Para hacer reír a Dios" intenta mostrarnos el ritual asociado a la muerte y una caracterización de sus personajes y prácticas. Este ritual estereotipado del sonido de los disparos, las previsiones que toma la gente cercana, los motorizados y parrilleros huyendo bajo el amparo de la oscuridad nocturna, la curiosidad e interés de la gente por ver el resultado pareciera repetirse siempre acompañando a la muerte. Al final, la muerte misma, encarada en cualquier vecino que se interpuso en su camino, por eso, probablemente el narrador le otorga atributos humanos y voluntad propia, la misma que le arrebató a las personas cuando les priva de su vida. La identidad del narrador aquí está claramente definida desde el miedo a la muerte que se comparte con las víctimas o los candidatos a serlo.

Los vecinos de la estación de servicio escucharon cinco detonaciones de un arma automática. Quienes las oyen rutinariamente saben diferenciarlas de, por ejemplo, los "fosforitos". Un sonido (más bien dos por vez, apenas distinguibles) metálico y seco, como si se fracturara algo en el aire. Un sonido que escuchado de cerca activa las alertas (Torres, 2012: 76).

Inmediatamente después de los disparos, un par de motorizados con sus respectivos parrilleros doblaron con prisa en la esquina de la estación de servicio con dirección a Manicomio. Y se los tragó la noche (Ibid).

La gente que se asomó a sus ventanas luego de aplacados los tiros, pudo ver un Aveo en la cauchera con la puerta del conductor abierta y las luces intermitentes encendidas. Junto al carro el cuerpo de un hombre moreno, joven, de contextura gruesa, acostado boca abajo, mientras un lago oscuro y espeso salía de su cuerpo (Ibid: 77).

Ajena a los planes de los hombres, la Muerte seguirá haciendo su incansable trabajo (Ibid: 79).

La muerte tiene un lugar claro y preciso en la historia de Jorge, es considerada parte de la vida misma. Otorgarla es una potestad de los miembros de su cultura y este hecho se sitúa en la génesis de la práctica delincencial, inaugura un comienzo formal, generalmente es una acción que se realiza sobre el otro, en defensa de los propósitos que se tienen o de la propia vida. Matar forma parte de los ritos de iniciación en la cultura del delincuente con ocurrencia a temprana edad y acompañado de medios que faciliten el tránsito y logro del cometido; a partir de allí, de esa primera vez, se gana en respeto y se detenta la licencia de aumentar el record para alcanzar reconocimiento, sostener un estatus, pero, especialmente para incursionar en nuevos y más arriesgados hechos, en otras palabras, paradójicamente, a partir de la muerte infligida al otro se adquiere y asegura, cada vez, el derecho de seguir vivo.

El primero que detoné, coño, lo que pasa es que uno no se olvida de eso, esa vaina es arreacha ¿oíste?, fue hace tiempo, que jode, pero me recuerdo. Como de quince vale, fue en un quieto, el tipo se puso Popi y, bueno, uno que también estaba cagao, allí hubo que dejalo y eso, coño, me recuerdo que después de la vaina yo no podía créelo vale, yo decía "verga pana, lo detoné". Yo consumí perico, tu sabes pa' perdé el nervio y eso, pa' agarrá valor, y bueno, hacé la vaina pues ... (Expósito, 2010: 144).

... el respeto se gana y uno tiene que ganárselo si uno quiere seguir vivo en esta vaina, tú sabes que eso es en todos laos, aquí, en la cana, en todos laos, esa es la única jugada que vale. Yo atracaba con quietos feo ¿viste? y, bueno, al que había que caele, uno le caía con todo, eso era lo que había que hacer ... Yo te voy a hablá claro, pa' superase si uno tenía que escoñetá uno escoñetaba, si uno tenía que vendé vendía, si tenía que matá mataba ¿ves?, si a uno le decían que había que hacelo ¡pues plomo! (Ibid: 145)

De la muerte hablan las víctimas desde la indefensión y el miedo, como un hecho cercano y amenazante que acompaña permanentemente la vida en la ciudad. El victimario la refiere en unidad con la vida propia y como concesión potestativa que dan los miembros de su cultura; producirla, es además parte de la práctica de subsistencia que se desarrolla, bien como rito inaugural de pertenencia al grupo, o como medio para continuar activo, con reconocimiento del grupo y existir a lo grande.

5. Los más aptos son los que sobreviven:

El personaje de Amelia en la crónica "Cuando el demonio lo llame a escena", funge como espectador distante y librado de las acciones violentas que se suceden en el espacio en el cual habita. Desde ese lugar se refiere a la cultura a la que pertenece, a la de las víctimas potenciales que sostienen permanentemente una lucha por la sobrevivencia; también se distancia de la cultura del otro, aquel que es representando en este caso por el delincuente que perpetra violaciones y asesinatos bajo el amparo de la noche, se erige así como el líder del territorio y dicta las leyes propias de funcionamiento del lugar. El otro, claramente ajeno a la localidad, representado por el Estado y los controles de seguridad queda invisibilizado. El narrador aquí, pareciera querer subrayar que en este medio de amalgama humana, de profusión de concreto, con una existencia que marca la historia política del país y que supera las cinco décadas, los más aptos son justamente los más violentos y, en el mejor de los casos, los que a diario resultan a salvo de la contienda.

Amelia no solo llegó tarde a esas historias, sino que las ha visto alejarse una a una cada uno de los días que ha vivido en el bloque 40 de ese laberinto llamado 23 de Enero. Por haberlos visto o por haberlos oído, se sabe de memoria todos los cuentos. Fue testigo del momento en que comenzaron a apagar los ascensores a las diez de la noche para contrarrestar la ola de violaciones a las vecinas. Ha presenciado las distintas guerras por el control del bloque. Sabe que esa ciudad de casi cincuenta bloques (sin contar los pequeños) y nose cuantos barrios es una república independiente a la que no entra la policía. La han despertado en la madrugada los gemidos de hombres grandotes suplicando que no los maten. Y ha escuchado las detonaciones que hicieron caso omiso de esas suplicas (Torres, 2012: 157-158).

Jorge, por su parte, nos señala como característica de su vivencia acentos claves de la cultura a la cual pertenece. Su perspectiva, a diferencia del personaje de la crónica, significa su experiencia de vida y se pronuncia desde el lugar del otro construido por el narrador de las crónicas. Situado en este terreno destaca elementos comunes de la identidad y la alteridad en los actores de la cultura de la violencia, como es el caso de los valores de la amistad y la solidaridad, las acciones que hacen parte de la lucha por la sobrevivencia:

Pilla que una vez estábamos más chamos, como de quince, en una fiesta en el bloque 4. Tú sabes que esa no es mi zona, pero bueno, yo como andaba con él, pero esa vez andaba una culebra mía por el bloque y quería y que dejame pegao ¿qué tal? Bueno, nosotros anadábanos era vacilándonos una, cuando yo me fui, el tipo se queda y chama no me vas a creer pero el pana, le pidió a la culebra que se montara en la moto pa' llevalo a meterse algo, y el pescao cayó. Se lo llevó pa'l plan y lo dejó fue feo. Al día siguiente el pana me va a buscar como a las 6 de la mañana, ¡verga, yo me paré fue criciao! porque no creía que el pana se levantara tan temprano, y me dijo, "vente panita que te tengo un regalito". Y me llevó pa'l sitio. Coño, ¡tremenda sorpresa me dio el pana vale!, y no hizo ni ruido, nadie se dio cuenta. Estaba el chigüire ese allí con un hueco en la frente, ves, eso es un pana, es ese que está dispuesto a lo que sea por ti (Expósito, 2010: 143).

Los pares en el oficio delincencial, quienes también forman parte de su cultura y de los cuales Jorge se distancia en el discurso y en la práctica por razones de edad y de actitud ante la vida, singularizan también su identidad al contemplar que hechos como el cobro de deudas de honor en la familia se convierten en un medio para ganar poder y reconocimiento de los pares, para sumar adeptos y seguidores en el barrio, así como para generar temor en la comunidad y a partir de esta base tener ascendencia sobre ella:

El hermanito [de la Yuli, la jeva del pana], que era un carajito, se hizo grandecito ya, y había hecho unas vainitas aquí en el barrio, el tipo había estado implicado en unos hechos como quien dice ¡y él creía que era famoso!, pues qué te puedo decir, que el coño e' madre, buscó una 38 que tenían unos panas y lo esperó achantaito en el estacionamiento del bloque, cuando estaba allí a las doce del día, el carajito lo encontró y lo detonó, delante de todos, no había mucha gente, pero fue en pleno estacionamiento, y mi pana ¡que Dios lo haya recibido con los brazos abiertos!, se arrodilló pidiendo clemencia vale, él que estaba solicitao por PTJ como el más buscao, se arrodilló y el carajito le arremetió sin clemencia y lo mató ¿y qué pasó?, ¡el carajito agarró cancha vale! ¡agarró cartel!; ...él sabe que tiene el camino corto, que en cualquier momento lo visita la muerte (Expósito, 2010: 150).

Para cerrar el diálogo destacamos los atributos que cualifican a la sobrevivencia para ambas culturas, en el caso de las víctimas es claro que la definición de su identidad incluye el ser víctimas potenciales como un sello marcado que les acompaña siempre, expuestas de manera indefensa a la amenaza constante que se cierne sobre sus vidas; por el contrario, un rasgo que define la identidad del victimario es justamente ser perpetrador de las acciones violentas para ganar poder sobre "el otro" y, así, tener la prerrogativa de sobrevivir.

Estudiar la imagen del otro situada en el espacio cultural de víctima potencial de la violencia, aquella que muestra buena parte de la dinámica de la población en esta Caracas contemporánea que habitamos, me define identitariamente en un lugar común con el narrador de Caracas muere y de aquellos personajes en sus relatos que son susceptibles de convertirse en víctimas. También desde la comprensión alcanzada en el tema de la violencia por algunas experiencias de investigación que he desarrollado y dirigido, a partir de allí es que reconozco la existencia del delincuente y las variables de orden individual, familiar, contextual, socio-histórico, político, económico, cultural que configuran su vida y su práctica. Es desde aquí que he construido este texto.

Conclusión:

Los aspectos considerados en el análisis precedente nos permiten decir en este momento:

De la violencia como tema de estudio, es importante destacar que la contribución que ofrece la mirada cruzada de diferentes disciplinas, en este caso de la literatura y la psicología social, permiten profundizar y ampliar la comprensión de sus causas y motivaciones, el perfil de los actores del modo de relación violento, los elementos de orden contextual y las características culturales que subyacen a sus prácticas y a la valoración que se hace de ellas.

De la violencia en tanto tema abordado desde la imagología como línea de investigación, podemos señalar que, en este caso, nos ha permitido detenernos en detalle en el diálogo creado para permitir hablar a dos culturas contrapuestas y desde allí identificar miradas estereotipadas, prejuicios, opiniones alusivas a la representación que se tiene del otro. Determinar, por ejemplo, que el modo de acercamiento al otro en el caso de las crónicas es la fobia, la alteridad es percibida como inferior y el narrador a través de los personajes asume la identidad de víctima primaria, secundaria o víctima potencial; en la historia de Jorge la representación del otro asume actitudes que transitan por la franja de la manía, por cuanto el otro se percibe como superior en relación a su cultura de referencia.

De la violencia y el trabajo con géneros literarios distintos podemos señalar que esta práctica permitió acceder a dos culturas confrontadas y lograr tener visión complementaria y compleja del fenómeno tras el estudio de ambas culturas. Aquí, la historia de vida recoge la apreciación y reconstrucción del pasado que hace la persona en el tiempo presente; la crónica literaria nos ofrece el relato de hechos pasados articulados en secuencia y en la voz única del narrador. La prolijidad de ambos textos resultó ser una clave esencial para nuestros propósitos comprensivos.

Elementos de orden práctico que se derivan de esta actividad para trabajar el tema de la violencia, desde la intervención y la investigación psicosocial, pasa por reconocer la riqueza potencial que ofrece la literatura para favorecer y fortalecer la comprensión de fenómenos humanos a través de imágenes, contextos, tramas y personajes contruidos; para la investigación literaria, las historias de vida son un semillero para la caracterización de personajes y para urdir la ficción. Para el caso que abordamos, la mirada sola desde la historia de vida o desde la crónica nos impide explorar minuciosamente la contracultura y, como dijimos al inicio, entender la violencia en Caracas supone reconocerla en toda su complejidad.

En este orden, un camino posible para los complementos disciplinares y a favor de las ganancias compartidas: historiar la vida de las víctimas, elaborar crónicas que reconozcan a personajes violentos.

Bibliografía:

- Bonnett, P. (2008). Los privilegios del olvido. Antología personal. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Briceño León-León, R.; Ávila, O. y Carmadiel, A. (2012). Violencia e institucionalidad. Informe del Observatorio Venezolano de Violencia 2012. Caracas: Alfa.
- Briceño León, R.; Carmadiel, A.; Chacón, A. y Capriles, M. (2015). Informe de resultados. I Encuesta nacional de delito organizado en Venezuela. En L. Cedeño; M. Fagúndez; R. Briceño León y Otros: I Informe del observatorio de delito organizado en Venezuela Visibilizando lo que hay detrás de la criminalidad (pp. 21-48) Caracas: A.C. Paz Activa, LACSO Disponible en: <http://www.insightcrime.org/images/PDFs/2015/VenezuelaCrimeReport.pdf>
- Del Olmo, R. (2000). Ciudades duras y violencia urbana. Nueva Sociedad, 167, 74-86. Disponible en: <http://www.insumisos.com/lecturasinsumisas/Ciudades%20duras%20y%20violencia%20urbana.pdf>
- Expósito, M. (2010). "En esta guerra nadie le pierde el miedo a la muerte" La violencia delictiva: construcciones desde lo vivido. (Trabajo de Grado de maestría inédito). Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- Mateo, C. (2001). Violencias desbocadas: un rasgo del fin de siglo en Venezuela. Revista venezolana de análisis de coyuntura, VII (enero-julio), 171-198. Disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/364/36470109.pdf>
- Mateo, C. (2003). Desactivar las violencias en los barrios de Caracas: conclusiones sobre dos experiencias. Revista venezolana de análisis de coyuntura, IX (julio-diciembre), 219-232. Disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/html/364/36490211/36490211.html>
- Mora-Salas, L. (2008). "Me mataron a mis muchachos": violencia y familias populares. Akademos, 1, 10 161-178.
- Mora-Salas, L. (2012). Lo enigmático e inequívoco de la muerte: el sufrimiento colectivo que padece la familia popular. Revista Psicología Volumen XXXI, N 2, 17-25.
- Pageaux, D-H. (1994). De la imaginería cultural al imaginario. En Pierre Brunel y Chevrel Yves (edit.). Compendio de literatura comparada, (pp. 101-131). México: Siglo XXI.
- Torres, H. (2012). Caracas muere. Crónicas de una guerra no declarada. Caracas: Puntocero.
- Zubillaga, V. (2008). La culebra: una mirada etnográfica a la trama de antagonismo masculino entre jóvenes de vida violenta en Caracas. Akademos, 1, 10 179-207.